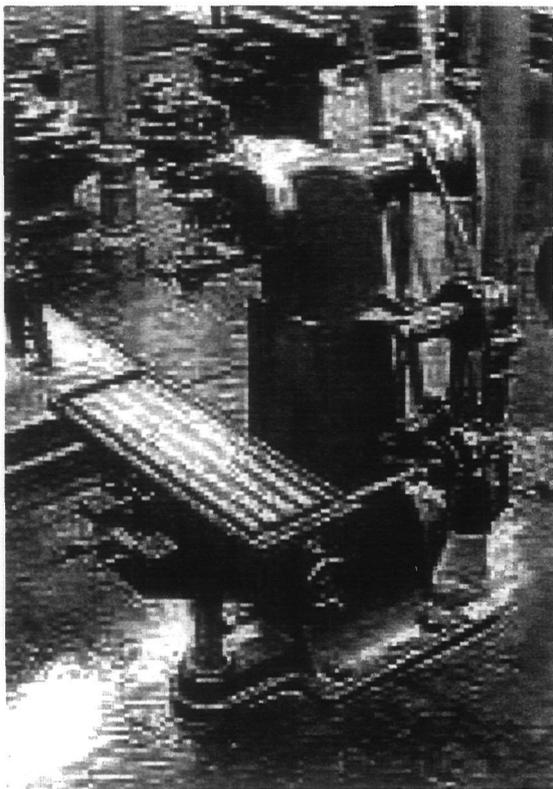


EL PSICÓLOGO*

S. BENZAL MENDOZA

Finalista del Certamen «Vida y Salud» de Narrativa en su IV edición



La fresadora de ideas

Me estoy quedando sin sentimientos, los voy gastando todos conforme pasa la vida. Cuando era joven tenía miles de sufrimientos que transformaba en ilusiones, cada grito que escuchaba en el aire era una excusa para seguir adelante y mi objetivo era intentar cambiar ese grito por una sonrisa; daba igual cual era el motivo del lamento, me dolía y mi propósito era cambiarlo. Hoy sigo igual... cambio gritos por sonrisas pero ya no me duele.. —levanté la vista del suelo y le miré a los ojos directamente para dar más fuerza a lo que iba a decir a continuación—. No crea usted doctor, pero me preocupa, cada

segundo que pasa me voy quedando un poco más vacía y mire, no quiero llegar a vieja y que todo me dé igual.

Para ser mi primera consulta psicológica no está mal. El tipo se ha quedado impertérrito, no sé si es una pose y pone la misma cara ante todo aquel que pasa por su visita, aunque le esté contando un asesinato o, lo que es peor, quizá esté harto de escuchar siempre la misma canción. No me resisto y le pregunto:

—Siempre lo mismo, ¿no, Doctor?, todo el mundo está igual ¿verdad?—. Me mira, esboza la sonrisita que seguro le pone a sus vecinos cuando se los encuentra en el ascensor y dice:

—Que va mujer, afortunadamente no todos pensamos igual, sino que sería de nosotros. Ni siquiera usted piensa siempre así, son etapas en la vida. No te alarmes, me permites que te tutee, ¿verdad?, seguro que lo que tienes es un principio de depresión. Tenemos suerte, ya verás como en unos cuantos días estás bien.

Tenemos suerte, tenemos suerte... la tendrá él porque yo estoy fatal: un principio de depresión y doce mil lindas pesetillas del ala que me va costar el adivino metido a médico.

Aunque me cuesta y tengo que morderme la lengua no le atosigo más. Me lo recomendó Asunción, una compañera de trabajo y a lo mejor resulta que son íntimos amigos y le cuenta con pelos y señales que además de tener un «principio de depresión» soy una imponente que va de enteradilla por el mundo.

Me presto al juego y respondo con toda la cortesía de la que soy capaz y, cómo no, la mejor de mis sonrisas a todas sus preguntas: No, no me ha pasado nada grave últimamente... No, no he tenido una infancia desgraciada... Sí, el trabajo que hago me gusta... Sí, mi vida social no está mal, siempre podría mejorar pero no me quejo...

A cada respuesta que voy dando su cara se ilumina, va descubriendo las causas de mi «pequeña depresión» y su sonrisa de saludo matinal se va transformando en una mueca exultante que, ni siquiera oculta, cuando dictamina:

—Bueno, esto no es nada mujer, simple cansancio provocado, quizá por un exceso de rutina. Vamos a cambiar un poco los hábitos, ¡eh! Un poquito de gimnasia que nunca viene mal para tonificar la mente y te permitirá ampliar tu círculo de amistades y unas vitaminas para levantarte un poco los ánimos. Ven a verme dentro de un mes ya verás como estás mejor, de todas formas si ves que la cosa va a más ven antes, ¿de acuerdo?

Alarga el brazo con la receta de las vitaminas y yo casi me arrodillo para mostrarle mi agradecimiento por su afección —ciertamente después de una hora hablando con él me siento mejor y con ganas de poner en práctica sus consejos, quizá sea lo que necesite: un poco de distracción— pero cuando levanta la vista de la factura que esta relle-

nando y me pregunta mi dirección descubro en sus ojos la misma mirada vacua que últimamente, cada mañana sin variaciones, sin novedad, en monótona solución de continuidad, me devuelve mi espejo al despertar.

Durante unos segundos nos miramos profundamente, por un instante, y sin hablarnos dialogamos en un encuentro lleno de intensidad. A él también se le acabaron hace tiempo sus sentimientos y, al igual que yo, miméticamente, quizá también como reminiscencia de su juventud pero sin un motivo aparente, como no sea el de cobrar por escuchar, intentaba cambiar lamentos por sonrisas. La circunstancia nos hizo sonreír a los dos y esta vez no fue un ademán de saludo sino simplemente de complicidad.

Todavía me duraba esa mueca cuando salí a la calle, tiré la factura y la receta en la primera papelería que encontré al pasar y, por fin, sentí que mi ademán era sincero: sonreía, definitivamente, no estaba sola en esta enorme oscuridad.

